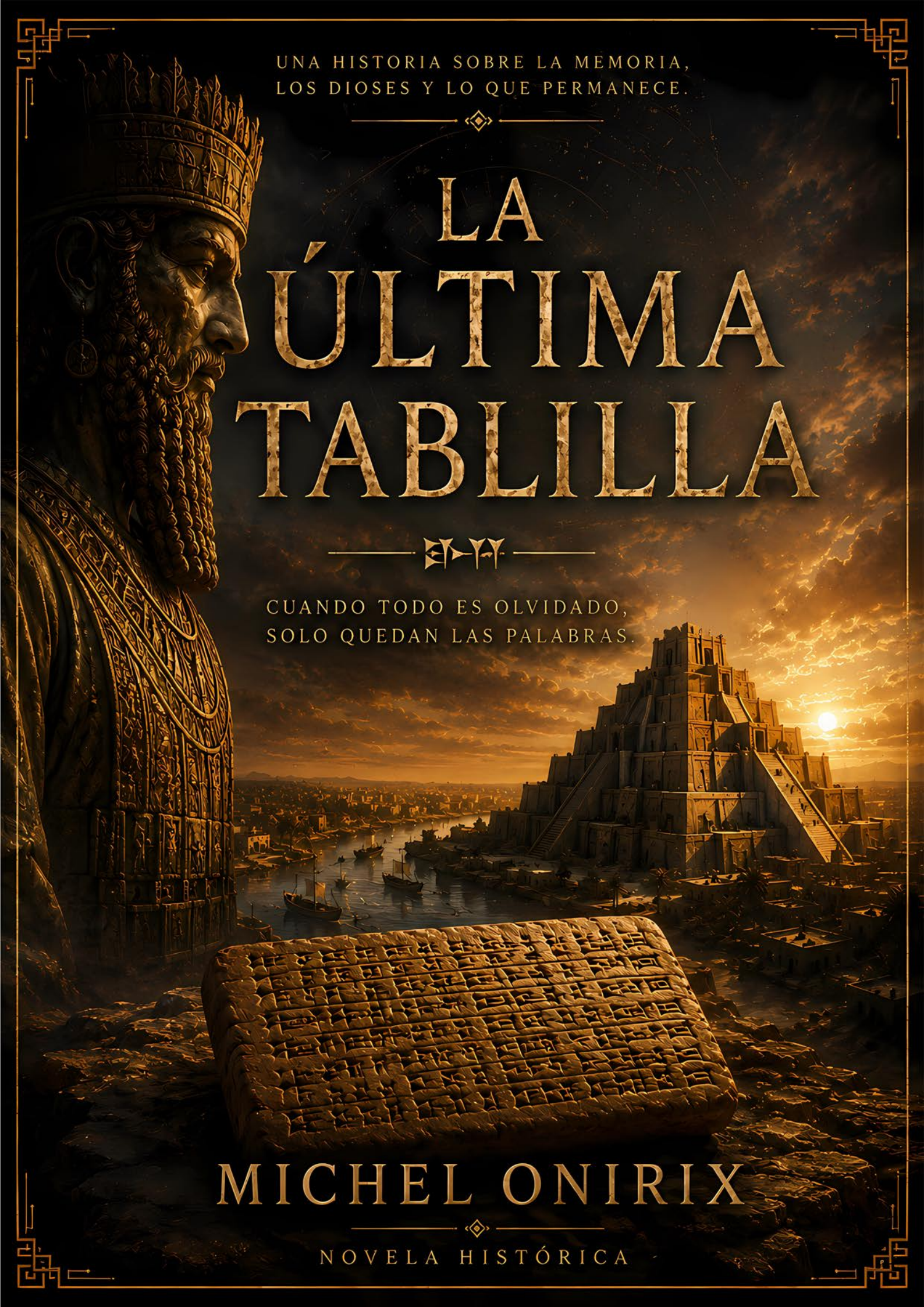
UNA HISTORIA SOBRE LA MEMORIA,
LOS DIOSES Y LO QUE PERMANECE.

LA ÚLTIMA TABLILLA

CUANDO TODO ES OLVIDADO,
SOLO QUEDAN LAS PALABRAS.



MICHEL ONIRIX

NOVELA HISTÓRICA

LA ÚLTIMA TABLILLA

Crónicas de Eridu

Michel Onirix

Buenos Aires, 2026

Para quienes escriben en la oscuridad, sin saber si alguien leerá.

"Los héroes, como los grandes árboles, se yerguen solos;

pero su sombra alimenta a cientos."

— Fragmento del Poema de Gilgamesh, tablilla III

"El olvido no es el final de las cosas.

Es el lugar donde las cosas esperan

a que alguien las recuerde."

— Inscripción anónima, Eridu, época incierta

P R Ó L O G O

Mucho antes de que los imperios aprendieran a escribir su propio nombre sobre las piedras, existió una ciudad junto a las aguas del sur.

Eridu.

Allí, donde los dos grandes ríos entregaban su caudal al mar y los juncos crecían tan densos que parecían paredes verdes levantadas por algún dios antiguo, los hombres aprendieron por primera vez que era posible hacer que el tiempo obedeciera. No a través de la fuerza. No a través del oro ni del miedo. Sino a través de algo más frágil y más poderoso que todo eso: las marcas dejadas sobre barro húmedo.

Los sacerdotes decían que la ciudad había sido fundada por Enki, señor de las aguas profundas, guardián del conocimiento oculto, padre de todo lo que los hombres llegarían a construir. Decían que Eridu era el primer lugar donde el caos primordial había cedido ante el orden, y que por eso sus canales corrían rectos y sus templos apuntaban hacia el cielo como dedos alzados en dirección a algo que nadie sabía nombrar con precisión.

Pero los dioses, incluso los más sabios, desconocen ciertas cosas.

Desconocen, por ejemplo, lo que puede nacer en el interior de una criatura que sabe que morirá. Desconocen la forma peculiar que toma la desesperación cuando se convierte en belleza, o el hambre cuando se transforma en pregunta. No pueden saber lo que significa existir dentro del tiempo, atrapado en él como un insecto en ámbar, sabiendo que el ámbar no durará para siempre.

Entre las criaturas destinadas a morir —y todas lo estaban, desde el rey más poderoso hasta el esclavo más olvidado— surgió algo que los dioses no habían previsto.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Una forma de eternidad que ellos jamás podrían alcanzar.

Esta es la historia de tres personas que vivieron en Eridu hace tanto tiempo que sus nombres casi fueron borrados por completo. Un muchacho que aprendió a escribir. Una muchacha que llevaba dentro de sí un secreto más viejo que ella. Y un rey que confundió durante demasiado tiempo el miedo con la grandeza.

Esta es también la historia de una tablilla.

La última.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

PARTE PRIMERA

La ciudad del agua

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

I

El rey de las murallas

Gilgamesh no dormía.

No era insomnio lo que lo mantenía despierto en la cámara más alta del palacio de Uruk, con los ojos abiertos hacia el techo de cedro pintado de azul oscuro donde artesanos de tres generaciones habían representado los cielos del mundo. Era otra cosa. Algo más viejo que el sueño y más persistente que el hambre. Algo sin nombre que se instalaba en su pecho cada vez que la ciudad se callaba y ya no había nadie a quien conquistar, ninguna empresa lo suficientemente grande como para ocupar todo el espacio que había dentro de él.

El palacio dormía. Afuera, Uruk también dormía: doscientas hectáreas de calles, templos, mercados, talleres y casas donde cincuenta mil almas descansaban sin saber que su rey yacía en la oscuridad pensando en la muerte.

No en la muerte de otros. En la suya.

Gilgamesh se incorporó. Era un hombre que ocupaba el espacio de dos: la altura de sus hombros, el peso de sus brazos, la presencia que irradiaba incluso cuando permanecía inmóvil lo convertían en algo difícil de ignorar. Los sacerdotes decían que era dos tercios dios y un tercio hombre. Gilgamesh no sabía qué significaba eso con exactitud, pero sí sabía lo que significaba el otro tercio: la parte que envejecía. La parte que dolía cuando la campaña del norte lo había hecho cabalgar veinte días seguidos. La parte que, en noches como esta, escuchaba el silencio como si el silencio fuera una advertencia.

Se acercó a la ventana.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Uruk se extendía bajo él como una ofrenda. Las murallas —sus murallas, las que había mandado construir con piedras traídas desde las montañas del este— describían un perímetro tan largo que un hombre a buen paso tardaba una hora entera en recorrerlo. Dentro de ese perímetro ardían antorchas en los puntos de vigilancia, parpadeaban lámparas en las casas donde alguien estaba enfermo o daba a luz o simplemente no podía dormir. La ciudad respiraba. La ciudad era suya.

Y aun así.

Aun así había algo que no podía comprarse con el tributo de doce ciudades sometidas. Algo que no podía ganarse en combate. Algo que las murallas no protegían.

Gilgamesh apoyó una mano sobre la piedra fría del vano. Su reflejo le devolvió una imagen distorsionada en el brillo débil de las brasas: un hombre que seguía siendo fuerte, que seguía siendo temido, que seguía siendo el más grande de todos los reyes vivos. Y que sin embargo, en algún lugar detrás de los ojos, empezaba a verse desde fuera. Empezaba a verse como lo verían cuando ya no estuviera.

Recordó a Enkidu.

Enkidu había muerto hacía cuatro años, y Gilgamesh todavía no había encontrado la manera de acostumbrarse a ese hecho. Su amigo. El único hombre que lo había conocido completamente, que había peleado contra él y luego junto a él, que había dormido bajo las estrellas a su lado sin temer su presencia ni necesitar su aprobación. El único que le había hablado con franqueza. El único cuya muerte lo había convertido, por primera vez, en un hombre asustado.

Porque si Enkidu podía morir, entonces la pregunta era simple y brutal: ¿cuándo le tocaría a él?

No era una pregunta que los reyes se hicieran en voz alta. No era una pregunta que los sacerdotes respondieran con comodidad. Pero Gilgamesh se la hacía cada noche, y cada noche la respuesta era la

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

misma: pronto. Más pronto de lo que quería. Mucho más pronto de lo que merecía.

Había buscado la planta de la inmortalidad en el fondo del océano, y la había perdido. Había hablado con Utnapishtim, el único hombre al que los dioses habían concedido vida eterna, y Utnapishtim le había dicho algo que todavía lo irritaba.

"Gilgamesh, ¿a dónde vas? La vida que buscas nunca la encontrarás. Cuando los dioses crearon a los hombres, les dieron la muerte. La vida la guardaron para sí mismos."

Gilgamesh había regresado sin la inmortalidad y sin el consuelo de creer que Utnapishtim tenía razón. Había regresado con la misma pregunta y con una nueva certeza: que la respuesta no estaba donde había buscado.

Tal vez estaba en otro lugar.

Había llegado a sus oídos, a través de los comerciantes que bajaban del sur por el Éufrates, una historia sobre Eridu. Una señal. Una marca antigua en una persona joven. El sello de Enki, decían los que bajaban la voz.

Gilgamesh no creía en señales. Había visto demasiado como para creer en la mayor parte de lo que los sacerdotes llamaban milagros. Pero creía en Enki. Y creía, sobre todo, en la posibilidad.

Si había una manera de encontrar lo que buscaba, pasaba por Eridu.

Llamó a su chambelán antes del amanecer.

—Preparad los barcos —dijo—. Partimos al sur en tres días.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

I I

La ciudad del agua

Eridu despertaba antes que el sol.

Enmer lo sabía porque era uno de esos jóvenes que no podían quedarse dormidos cuando el mundo estaba a punto de cambiar de estado. Había algo en el momento exacto en que la oscuridad cedía, no de golpe sino lentamente, como si la noche fuera una tela que alguien jalara con cuidado para no despertar a nadie: había en ese momento una tensión que le resultaba imposible ignorar.

Se quedaba en la terraza de adobe de la casa familiar y esperaba.

Primero el olor. El barro húmedo de los canales, el humo de las primeras fogatas, la sal que traía el viento desde el mar inferior cuando soplaba en la dirección correcta. Luego los sonidos: las aves que anunciaban el día con una precisión que ningún reloj de arena había logrado igualar, las ruedas de madera de los primeros carros sobre las calles de tierra apisonada, las voces de los pescadores que ya estaban en el agua. Y finalmente la luz. Rosada primero, luego dorada, luego blanca y definitiva sobre las terrazas del zigurat.

Eridu era, en ese momento, perfecta.

—Ya estás despierto otra vez.

La voz de su padre llegó desde atrás, grave y un poco ronca con el sueño de la madrugada. Lugal-Nam apareció en la terraza con una copa de cerveza de cebada todavía tibia entre las manos, envuelto en una túnica de lana clara que había visto mejores años pero que él seguía usando con la tranquila indiferencia de quien no necesita impresionar a nadie. Tenía el rostro curtido por décadas de viajes bajo el sol de Sumeria: los pliegues alrededor de sus ojos eran mapas de rutas

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

comerciales, de noches a la intemperie, de tratos difíciles negociados en idiomas que había aprendido por necesidad y olvidado por falta de práctica.

Sus ojos, sin embargo, conservaban una calma extraña. La calma de quien ha aprendido a leer a las personas con la misma atención con que se leen los cielos.

—Quería ver llegar las barcazas del norte —dijo Enmer.

—Los comerciantes del norte siempre llegan antes del amanecer. —Lugal-Nam bebió un sorbo—. Así evitan el calor y los impuestos.

—¿Y tú también haces eso?

—Yo pago menos impuestos porque sé cuándo los recaudadores todavía están dormidos.

Enmer soltó una risa corta. Abajo, en los canales, podían verse ya varias embarcaciones avanzando entre la niebla temprana: cestas de cebada, vasijas de aceite, animales vivos amarrados en las bordas. Algunas de esas embarcaciones venían de aldeas a media jornada. Otras habían viajado desde ciudades cuyos nombres Enmer había escuchado siempre con una mezcla de familiaridad y asombro.

Ur. Lagash. Nippur. Uruk.

Cada nombre era un mundo al que todavía no había entrado.

—Algún día conocerás todas las ciudades del Éufrates —dijo su padre, como si hubiera leído sus pensamientos.

—¿De verdad?

—Si aprendes primero lo importante.

—¿Qué cosa?

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

El comerciante apoyó la copa sobre el muro. Lo hizo despacio, con ese gesto deliberado que usaba cuando estaba a punto de decir algo que quería que quedara grabado.

—A distinguir cuándo un hombre desea engañarte.

Enmer esperaba otra respuesta. Algo sobre los números, sobre el arte de negociar. Pero Lugal-Nam continuó mirando los canales con la expresión de alguien que ha visto suficientes tratos caer por una mentira bien colocada.

—La cebada tiene valor —dijo—. La plata tiene valor. Las tierras tienen valor. Pero nada es más peligroso que las personas que desean aquello que poseen otros.

Enmer asintió. No porque comprendiera del todo las palabras, sino porque reconocía el tono: era el tono que su padre usaba cuando hablaba de cosas que había aprendido a un costo que no mencionaba.

—Hoy irás al templo temprano —dijo su padre—. Nammu quiere enseñaros nuevos signos.

—Entonces voy.

Lugal-Nam tomó nuevamente la copa y bebió en silencio. Luego, sin volverse, añadió algo que llegó al muchacho con la suavidad desconcertante de las verdades que uno no espera.

—Los hombres mueren, Enmer.

El muchacho frunció el ceño.

—¿Qué tiene que ver eso con las tablillas?

Lugal-Nam observó el zigurat en la distancia, donde la primera luz del día comenzaba a dorar las terrazas superiores.

—Todo.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

I I I

Las tablillas de arcilla

El templo de Eridu dominaba la ciudad de una manera que ninguna otra estructura podría haber igualado: no por su altura, aunque era alto, ni por la riqueza de sus ornamentos, aunque los tenía, sino por algo más difícil de explicar. Algo en la proporción de sus terrazas ascendentes producía en quien lo miraba la sensación de estar ante algo que existía en una categoría ligeramente diferente a la del resto del mundo.

Enmer había subido aquellas escalinatas cientos de veces.

Sin embargo, cada mañana repetía la misma experiencia: la pequeñez. No humillante sino reveladora, como la pequeñez que se siente mirando el mar o un campo de estrellas. No importaba cuánto hubiera aprendido la semana anterior. Al pie del zigurat, todo ese conocimiento se volvía provisional.

Nammu esperaba junto a la entrada de la sala de enseñanza.

Llevaba una larga túnica azul oscuro, sin los bordados que señalaban el rango, como si hubiera decidido hace tiempo que el conocimiento no necesitaba anunciarse con hilos de oro. Sostenía entre las manos un pequeño estuche de madera de cedro donde guardaba los estiletes: instrumentos simples de caña endurecida, pero que en sus manos parecían siempre a punto de producir algo importante.

Su rostro transmitía serenidad. No la serenidad falsa de quien ha aprendido a controlar sus expresiones, sino la serenidad real, más rara, de quien ha pasado suficiente tiempo pensando en las mismas preguntas como para haber llegado a algún tipo de paz con el hecho de que no tienen respuesta definitiva.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Sus ojos, sin embargo, eran otra cosa: siempre parecían observar algo un poco más allá de lo visible.

—Llegas temprano —dijo al ver a Enmer.

—Mi padre me despertó antes del amanecer.

—Eso significa que quiere convertirte en un buen comerciante.

—Dice que primero debo aprender a reconocer a los mentirosos.

Nammu soltó una risa breve y genuina.

—Entonces comenzó por la lección correcta.

La sala de enseñanza estaba construida alrededor de un patio interior: un cuadrado de cielo abierto en el centro del techo por donde descendía la luz en una columna que cambiaba de ángulo durante el día como si el sol tuviera una agenda personal.

Varios jóvenes ya estaban sentados sobre esteras de junco. Entre ellos estaba Shara.

Como siempre.

Shara tenía la costumbre de llegar antes que nadie sin que nadie pudiera explicar exactamente cuándo llegaba. Simplemente estaba. Esa mañana estaba sentada un poco apartada de los demás, con una tablilla vieja sobre las rodillas, pasando los dedos sobre los signos como si los estuviera leyendo a través del tacto. Levantó la vista cuando Enmer entró y le dirigió el gesto que usaba a modo de saludo: una pequeña inclinación de cabeza, casi imperceptible, acompañada de algo que no era exactamente una sonrisa pero que era difícil confundir con otra cosa.

Enmer se sentó junto a ella.

Nammu esperó a que todos estuvieran instalados antes de hablar.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

—Hoy aprenderemos registros comerciales.

Hubo un movimiento colectivo de decepción. Los alumnos preferían los himnos, los relatos heroicos. Los registros comerciales eran áridos: cantidades, nombres, deudas.

Nammu negó lentamente con la cabeza antes de que alguien dijera nada.

—No subestimen las cuentas y los inventarios. —Tomó una tablilla húmeda—. Las ciudades no se construyen con espadas. Se construyen con registros.

Comenzó a hundir el estilete en la arcilla con movimientos precisos y económicos. Los signos aparecieron uno tras otro: cebada, aceite, cabras, plata, cantidades, nombres, deudas. Cada marca era el rastro de algo que había existido, de un acuerdo entre personas que tal vez ya no vivían.

—La memoria de los hombres es frágil —continuó—. La escritura nació porque incluso los reyes olvidan.

Enmer observaba fascinado. Le resultaba imposible no maravillarse: que simples marcas sobre barro pudieran contener voces, acuerdos, la textura de conversaciones que habían ocurrido en un día específico de un año específico que ya nadie recordaba por su nombre.

—¿Los dioses también escriben? —preguntó uno de los muchachos desde el fondo.

Nammu permaneció pensativo un momento.

—No lo sé.

La respuesta sorprendió a todos. Los sacerdotes rara vez admitían ignorancia sobre nada relacionado con los dioses.

—Tal vez los dioses no necesiten escribir —continuó—. Tal vez recuerden todo. —Miró las tablillas apiladas junto a las paredes,

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

centenares de ellas, siglos de memoria acumulada—. O tal vez nosotros escribimos precisamente porque estamos destinados a desaparecer.

El silencio que siguió fue de una calidad diferente al silencio habitual de la sala.

Shara levantó la mano.

—¿Entonces las palabras son más fuertes que las personas?

Nammu la miró de una manera particular, con una atención que iba más allá de lo que le dedicaba a los demás alumnos. Era más una vigilancia que una atención. Como si esperara que Shara dijera cosas que todavía no comprendía del todo.

—No —respondió finalmente.

La muchacha pareció confundida.

El sacerdote sonrió apenas.

—Las palabras sobreviven porque primero existieron las personas.

Luego tomó otra tablilla húmeda.

—Escriban.

Los alumnos comenzaron a copiar los signos sobre la arcilla fresca. El sonido de los estiletes llenó la habitación: tik, tik, tik, como pequeñas gotas golpeando piedra.

Enmer trabajaba con rapidez. Había heredado la paciencia de su padre y la curiosidad de Nammu: la primera le permitía repetir los signos hasta que le salían bien, la segunda le impedía conformarse con hacerlos mecánicamente.

Pero Shara terminaba siempre antes. Sin esfuerzo aparente, sin la concentración visible que ponían los demás. Como si los signos fueran una lengua que reconocía en lugar de aprender.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Cuando terminaron la práctica, Nammu les dio tiempo libre en el patio.

Shara se apoyó en el borde de piedra. El viento le movía el cabello oscuro.

—¿Alguna vez pensaste en abandonar Eridu? —preguntó.

Enmer tardó en responder.

—Todo el tiempo.

—Yo no.

—¿Nunca?

Shara negó lentamente, sin apartar los ojos del horizonte.

—Siento que algo me espera aquí.

Entonces ocurrió.

Un grupo de aves —garzas blancas que solían cruzar el cielo de Eridu en formaciones lentas y ordenadas— cambió de dirección de repente, todas a la vez. Se dispersaron hacia el sur con un ruido de alas que duró apenas un momento.

—¿Escuchas eso? —preguntó Shara.

Enmer miró a su alrededor.

—¿Qué cosa?

El viento. El agua de los canales. Las voces del mercado llegando desde abajo.

Nada más.

Shara guardó silencio. Pero dentro de ella había algo que no podía ignorar: una presencia en el borde de la percepción, como una voz que hablara desde una habitación contigua, amortiguada por las paredes

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

pero inconfundiblemente real. Profunda. Antigua. Como el sonido que haría el agua si el agua pudiera hablar.

Había aprendido a no mencionarlo. Pero esa mañana la voz era más clara que nunca.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

I V

El medallón

El calor llegó a Eridu durante los días siguientes con la contundencia de algo que había estado esperando su momento. Los canales empezaron a bajar su nivel, dejando al descubierto franjas de barro oscuro y húmedo a lo largo de las orillas.

Enmer pasó gran parte de esa semana ayudando a su padre en los depósitos cercanos al puerto. Era trabajo sin glamour: contar cestas, registrar entradas y salidas, verificar que los pesos de piedra correspondieran a las cantidades declaradas, a veces discutir con comerciantes que intentaban hacer pasar quince medidas por veinte. Pero le gustaba la densidad del lugar, la superposición de olores —lana, aceite, especias, madera húmeda— y sobre todo las historias que llegaban con cada caravana.

Los comerciantes traían noticias del mundo como mercancía adicional: guerras en el norte, sequías en el este, tormentas en el mar inferior que habían hundido tres embarcaciones cargadas de cobre.

Lo que Enmer observaba, más allá de las historias individuales, era un patrón. Todos esos hombres, sin importar cuán ricos o cuán miserables fueran, cargaban con la misma inquietud fundamental. El mundo parecía sostenerse, en parte, sobre ese miedo compartido.

Aquella tarde regresó caminando por los canales exteriores. El cielo se teñía de naranja hacia el oeste, y el agua reflejaba fragmentos de esa luz que temblaban entre los juncos como pequeñas llamas horizontales.

Encontró a Shara sentada sobre una piedra junto a la orilla. Parecía distraída, con los pies descalzos apuntando hacia el agua pero sin tocarla. Sostenía algo entre las manos sin realmente mirarlo.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

El medallón.

Era un objeto extraño. No completamente circular: sus bordes ondulaban de una manera que hacía difícil determinar cuántos lados tenía exactamente, como si su forma fuera una pregunta en lugar de una respuesta. La superficie era de un metal de color dorado oscuro que nadie había sabido identificar con certeza, y sobre ella había signos diminutos grabados con una precisión que ningún artesano de Eridu había logrado igualar. Nammu los había estudiado. Nadie había podido decir qué decían.

Enmer se acercó.

—Otra vez mirando eso.

Shara levantó la vista.

—A veces pienso que debería arrojarlo al río.

—Nunca lo harías.

—No. —Observó el objeto en su mano—. Cuando era niña creía que pertenecía a una reina.

—¿Y ahora?

La muchacha permaneció pensativa.

—Ahora creo que pertenece a alguien que no quería ser encontrado.

Enmer se sentó a su lado sobre la piedra.

—¿Alguna vez pensaste quién eres realmente? —preguntó Shara.

—Soy Enmer. Hijo de Lugal-Nam. Aprendiz de Nammu.

Ella negó lentamente.

—No. Quiero decir... qué eres. No quién.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

—Un hombre.

—¿Y eso basta como respuesta?

Enmer permaneció callado. Nunca había pensado demasiado en aquello. La vida en Eridu tenía una claridad que lo hacía innecesario: trabajar, aprender, formar una familia llegado el momento, sobrevivir, dejar algo a quien viniera después.

Pero Shara hacía preguntas que abrían puertas en lugares donde él no había notado que hubiera paredes.

—A veces siento que el mundo es más extraño de lo que creemos —susurró ella.

Entonces el agua se movió.

Primero lentamente. Pequeñas ondas que se expandían desde un punto sin causa aparente, sin viento que las explicara. Luego algo emergió desde las profundidades: docenas de peces que rodearon el borde del agua junto a los pies de Shara moviéndose en círculos lentos y precisos, como si obedecieran a algo que los demás no podían oír.

Enmer se incorporó de un salto.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada —dijo Shara. Y era cierto: sus manos estaban quietas, su postura no había cambiado. Pero incluso ella parecía asustada. Miraba los peces con una expresión que Enmer nunca le había visto: no de sorpresa sino de reconocimiento.

Los peces continuaron agrupándose. El agua entera parecía reorganizarse en torno a la muchacha, como si obedeciera a una gravedad que emanaba de ella y de nada más.

Entonces el medallón comenzó a emitir luz.

Azul. Muy tenue, casi imperceptible. Pero estaba allí.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Shara retrocedió de un salto. El brillo desapareció en el mismo instante. Los peces se dispersaron hacia el centro del canal en todas direcciones.

Enmer respiraba agitado.

—¿Viste eso?

Shara asintió. En sus ojos había algo que Enmer tardó en identificar porque era una emoción que rara vez le había visto: miedo. No el miedo superficial de quien se asusta de un ruido inesperado, sino algo más antiguo y más hondo.

—No se lo digas a nadie —dijo finalmente.

—¿Ni siquiera a Nammu?

Ella dudó.

—Especialmente a Nammu.

Pero alguien ya los había observado.

Desde la sombra de un grupo de palmeras, el viejo sacerdote permanecía completamente inmóvil. Había visto los peces acercarse. Había visto el brillo azul del medallón.

Y sintió un estremecimiento que empezó en la base de la espalda y llegó hasta la nuca.

Nammu conocía historias que no enseñaba en la sala de enseñanza. Relatos sobre marcas sagradas que aparecían en el cuerpo de ciertas personas en ciertas generaciones. Sobre la sangre de los dioses mezclada con la de los hombres de maneras que producían no monstruos sino algo diferente: personas que vivían en el borde de dos mundos sin pertenecer completamente a ninguno.

Había creído que eran historias. Leyendas.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Ahora miraba el agua que todavía se movía suavemente, y los peces que se alejaban, y la muchacha que sostenía el medallón con una mano que no terminaba de soltar lo que sabía que tenía que guardar.

Cerró lentamente los ojos.

Por primera vez en muchos años sintió verdadero temor.

No por Shara. Por todo lo que podría venir a buscarla cuando el mundo se enterara de que existía.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

PARTE SEGUNDA

El rey que buscaba a los dioses

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

V

La llegada

La noticia llegó a Eridu con las caravanas del norte, que eran siempre las primeras en traer el mundo.

Primero como un rumor: que venía. Luego como una certeza: que venía pronto. Gilgamesh, rey de Uruk, navegaría hacia el sur, y su séquito se detendría en las ciudades del camino para hacer ceremonias, para recibir tributos, para ser visto. Porque ser visto era, para ciertos hombres, una forma de gobernar.

La ciudad entera comenzó a prepararse con esa mezcla peculiar de entusiasmo y ansiedad que producen los visitantes poderosos. Los comerciantes ajustaban sus precios hacia arriba. Los sacerdotes organizaban ceremonias de bienvenida con la meticulosidad de quien sabe que los errores protocolares tienen consecuencias diplomáticas.

En las tabernas circulaban historias contradictorias sobre él, como siempre circulan sobre los poderosos: que había derrotado a hombres que medían dos veces lo que un hombre normal, que había luchado contra el toro celestial y sobrevivido, que las murallas de Uruk eran tan inmensas que un águila tardaba media mañana en volar de un extremo al otro. También se decía que era cruel. Que tomaba lo que quería.

—¿Es verdad que Gilgamesh es un dios? —preguntó Enmer aquella tarde.

Lugal-Nam acomodó una cuerda antes de responder.

—No.

—Todos dicen que sí.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

—Todos dicen demasiadas cosas.

El comerciante limpió el sudor de su frente.

—Es un hombre —dijo—. Pero es un hombre que olvidó sus límites. Y eso lo vuelve más peligroso que cualquier dios.

Aquellas palabras quedaron resonando en la mente de Enmer durante la cena, y seguían allí cuando Nammu llegó a la casa sin haber sido convocado.

Aceptó la cerveza que le ofreció Lugal-Nam. Bebió un sorbo. Y luego dijo:

—Mañana llegará la avanzada de Uruk. Quiero que ambos permanezcan lejos del puerto.

Enmer protestó de inmediato.

—¡Pero todos van a verlo! Solo quiero observar la caravana.

—Precisamente.

—Hablas como si fuera un demonio.

—No. —Nammu bebió lentamente—. Los demonios son simples. Gilgamesh no.

La llegada ocurrió dos días después, al amanecer, con el tipo de espectáculo que los poderosos despliegan cuando quieren asegurarse de que nadie olvide que han pasado.

Las primeras embarcaciones aparecieron por el canal principal antes de que la niebla matinal se hubiera disipado completamente. Soldados en formación, escudos de cobre bruñido reflejando la luz escasa del amanecer, estandartes con el símbolo de Uruk moviéndose sobre las aguas con una lentitud que era deliberada.

Enmer y Shara avanzaban entre la multitud desde hacía un rato. Habían salido antes de que Nammu pudiera rastrear su paradero.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

—Nos matará cuando regresemos —murmuró Shara.

—Valdrá la pena.

Ella soltó una risa corta. Pero la sonrisa desapareció rápidamente.

Entonces llegó la embarcación central.

Y sobre ella estaba Gilgamesh.

Enmer sintió el estremecimiento antes de entender bien lo que estaba viendo. No era solo el tamaño del hombre, aunque era inmenso. Era la manera en que ocupaba el espacio: como si el espacio fuera suyo por derecho y todo lo demás existiera en una relación de préstamo con esa propiedad.

No sonreía. No saludaba. Miraba la ciudad con la expresión de alguien que ha visto suficientes ciudades como para que ninguna le produzca ya entusiasmo genuino.

Pero sus ojos transmitían hambre. Una necesidad inmensa. Como si nada de lo que había acumulado en toda su vida hubiera logrado llenar algo fundamental que quedaba vacío.

Gilgamesh avanzó lentamente.

Y entonces levantó la vista.

No hacia la multitud en general. Directamente hacia Shara.

El tiempo pareció congelarse en ese intercambio de un segundo.

Shara no se movió. Pero Enmer la conocía lo suficiente para ver lo que ocurría dentro: el ligero endurecimiento de los hombros, la manera en que su mano se cerró instintivamente sobre el lugar donde el medallón descansaba bajo la ropa.

Gilgamesh frunció apenas el ceño. Como si hubiera reconocido algo que no esperaba encontrar aquí.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Luego la caravana continuó avanzando. El momento se disolvió.

Y aun así Shara comprendió algo que le helaba la sangre: el rey la había visto. No como un hombre observa entre una multitud a alguien que le resulta atractivo. La había visto de la manera en que un cazador experimentado detecta, en el silencio del bosque, el rastro de algo que ha estado buscando durante mucho tiempo.

Sobre las terrazas superiores del zigurat, Nammu contemplaba la escena con los brazos cruzados y la mandíbula apretada.

Había visto la expresión de Gilgamesh.

Y sabía exactamente qué significaba.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

V I

El incidente

Eridu siguió celebrando durante horas después de la llegada.

Las tabernas desbordaban de viajeros y de residentes que aprovechaban la excusa del visitante para gastos que normalmente reservaban para las festividades de los dioses. Los músicos recorrían las calles principales con antorchas. Desde lejos, Eridu debía de verse como un organismo luminoso pulsando con energía que no solía tener.

Pero debajo de esa energía existía algo más. Una tensión que no era exactamente miedo ni exactamente expectativa, sino algo entre ambas cosas: la sensación de que la ciudad había dejado de pertenecerse completamente a sí misma.

Enmer caminaba junto a Shara por los puestos iluminados. La muchacha había estado distraída desde la llegada de la caravana, respondiendo con un retraso de medio segundo, como si sus pensamientos estuvieran en otro lugar.

—Sigues pensando en él.

—No.

Pero mentía, y ambos lo sabían.

Aquella mirada. No podía sacársela de la mente. En esa fracción de segundo había tenido la certeza de que Gilgamesh la había reconocido. No a ella, Shara. A algo que ella llevaba. A algo que era parte de ella sin que ella pudiera explicar del todo cómo.

El medallón le quemaba contra el pecho.

—Siento que algo se acerca —dijo.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Antes de que Enmer pudiera responder, la caravana real irrumpió en la calle principal por la que caminaban.

Los soldados despejaban el camino con una eficiencia que no distinguía entre quienes se apartaban voluntariamente y quienes tardaban en comprender lo que ocurría, y produjo el caos habitual de estas situaciones.

Enmer vio a Shara al otro lado del camino antes de que la columna de soldados la separara del todo. Levantó la mano. Ella levantó la mano.

Y entonces cometió el error que cometen los que tienen catorce años y actúan antes de pensar: corrió.

Sus sandalias resbalaron sobre el barro húmedo. Perdió el equilibrio de una manera que no había manera de recuperar, y fue a terminar exactamente donde no debía: en el suelo, frente a los primeros soldados de la guardia real.

Las lanzas descendieron.

La voz de Shara cortó el ruido.

—¡Deténganse!

Había cruzado el camino sin que los soldados pudieran reaccionar a tiempo y se había interpuesto entre las lanzas y el muchacho en el suelo.

Los soldados vacilaron. Nadie se interponía voluntariamente entre las armas reales y un objetivo.

Entonces una voz atravesó todo el ruido.

Profunda. Con la calidad particular de las voces que nunca tienen que repetirse porque la primera vez es suficiente.

—Bajen las armas.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Gilgamesh había desmontado.

Se movía entre sus propios soldados con la facilidad de quien camina entre árboles en su propio bosque. Se detuvo frente a los dos jóvenes y los observó en silencio durante un momento que pareció durar más de lo que duró.

No miraba a Enmer.

Miraba a Shara.

El medallón, que se había escurrido parcialmente hacia fuera durante el forcejeo, captó por un instante la luz de las antorchas más cercanas.

Gilgamesh quedó inmóvil.

Pronunció algo. Una sola palabra, en una lengua que ninguno de los presentes reconoció.

Shara sintió un dolor agudo en el pecho, como si la palabra hubiera aterrizado físicamente sobre el medallón. El objeto se calentó de golpe bajo la tela.

—Llévenlos al palacio —dijo Gilgamesh.

Lugal-Nam apareció en ese momento, abriéndose paso entre la multitud con la desesperación de un hombre que llega exactamente cuando ya no hay nada que pueda hacer.

—¡Mi hijo no hizo nada! ¡Fue un accidente!

Los soldados lo apartaron. Lugal-Nam miraba impotente, con esa expresión particular que tienen los hombres que saben exactamente cuánto valen su impotencia y cuánto valen las palabras que quisieran decir.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

V I I

La marca de Enki

El palacio ceremonial de Eridu había sido construido para alojar a los visitantes que el templo no podía recibir. Sus muros interiores estaban cubiertos de relieves en bajorrelieve: toros alados, criaturas del mar que ningún pescador de agua dulce había visto jamás, figuras de hombres y dioses en conversación cuyos gestos eran ambiguos.

De noche, iluminado solo por antorchas en los pasillos, el palacio parecía antiguo de una manera que iba más allá de los años de su construcción.

La sala principal estaba sostenida por columnas de piedra que llegaban hasta un techo alto y oscuro. En el centro, sobre un asiento de madera oscura decorado con incrustaciones de cobre, Gilgamesh esperaba.

Solo.

Había despedido a sus asistentes. Era una señal que los soldados que conocían al rey interpretaban correctamente: cuando quería estar solo con alguien, era porque lo que iba a ocurrir no era para testigos.

Observó a los dos jóvenes en silencio durante un momento.

—¿Son hermanos? —preguntó.

—No.

—¿Esposa?

—No.

Gilgamesh dirigió su atención hacia Shara.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

—¿Amante?

El muchacho vaciló. Shara intervino.

—Somos amigos.

El rey soltó una risa breve. Era una risa extraña: no de alegría ni de ironía sino de algo más parecido al cansancio.

—Los hombres siempre dicen eso —dijo— antes de comprender sus verdaderos deseos.

Se incorporó. Su tamaño, que desde la distancia era impresionante, resultaba en esta sala algo de otra naturaleza: era como si la habitación fuera de repente demasiado pequeña para él.

—La joven es hermosa.

Shara retrocedió un paso.

—No tienes derecho.

Gilgamesh la miró con algo que podría haber sido sorpresa si los reyes se permitieran sorprenderse.

—Soy rey de Uruk.

Lo que siguió fue breve y brutal: Enmer fue arrastrado hacia una puerta lateral mientras forcejeaba inútilmente contra hombres que lo triplicaban en masa. Las puertas se cerraron.

Gilgamesh observó a Shara.

Ella estaba de espaldas a una de las columnas, la respiración agitada pero el rostro controlado. Había en ella algo perturbador: no era el miedo que esperaba. Era la expresión de alguien que sabe algo que tú no sabes, y que espera con paciencia a que lo descubras por ti mismo.

Avanzó hacia ella. En el movimiento —en esa fracción de segundo de resistencia y fuerza aplicada— la tela se rasgó parcialmente.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Y entonces la vio.

La marca en la espalda de Shara.

Un símbolo formado por líneas curvas entrelazadas que se cruzaban en el centro y se expandían hacia afuera en patrones que evocaban simultáneamente el agua en movimiento y algo imposible de nombrar: corrientes, espirales, flujos. No era un tatuaje: era algo que parecía estar en la piel misma, como si hubiera sido puesto allí antes del nacimiento.

El sello de Enki.

Gilgamesh quedó inmóvil.

Todo cambió en él. La tensión del depredador se disolvió, reemplazada por algo completamente diferente. Retrocedió. No un paso sino dos.

Como si acabara de ver algo sagrado.

—Es real —susurró.

El medallón comenzó a emitir nuevamente aquel resplandor azul. Las antorchas de la sala parpadearon. El aire se volvió más frío de golpe.

Gilgamesh dio otro paso atrás.

Por primera vez en muchos años sintió algo que casi había olvidado.

Miedo sagrado.

No el miedo a morir. Este era diferente: el miedo que producen las cosas que son más antiguas que uno, que existían antes de que uno existiera y que seguirán existiendo después.

Shara lo observaba.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Gilgamesh tardó en responder. La intensidad que volvió a sus ojos no era la del depredador. Era la del desesperado.

—Nadie volverá a tocarte —dijo finalmente.

Llamó a los guardias.

—Preparen habitaciones privadas para ella. Con guardia de mi parte. Nadie más entra sin mi permiso personal.

Mientras conducían a Shara fuera de la sala, Gilgamesh permaneció inmóvil mirando el lugar donde la marca había estado. Luego levantó lentamente los ojos hacia la oscuridad del techo.

Y susurró algo que no iba dirigido a ninguna persona presente en aquella sala.

—Muéstrame el camino.

Muy lejos de allí, en algún lugar que no estaba sobre la tierra sino debajo de ella, algo se movió suavemente.

Como si hubiera escuchado.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

V I I I

El descenso

Nammu abrió la puerta de piedra.

Lo hizo con las manos desnudas apoyadas sobre las grietas, pronunciando palabras en un idioma que Enmer no podía seguir: no porque fuera incomprensible sino porque parecía estar compuesto de elementos que el oído humano percibía sin que la mente pudiera procesarlos completamente.

Las antorchas de la terraza superior del zigurat temblaron. El aire se volvió más frío con rapidez.

La piedra se movió.

Era un sonido que Enmer recordaría el resto de su vida: no el sonido de la piedra arrastrándose sobre piedra, sino algo más profundo, como si el movimiento de aquella puerta despertara resonancias en las entrañas de la ciudad.

La oscuridad que reveló la puerta era de una cualidad diferente a la oscuridad ordinaria. Era, de alguna manera, una oscuridad con peso.

Gilgamesh no vaciló. Avanzó hacia ella sin precaución, con la seguridad de quien está convencido de que lo que hay del otro lado es exactamente lo que ha estado buscando durante décadas.

—Nadie más continúa —ordenó a sus guardias.

Solo Shara y Nammu y Enmer lo siguieron hacia las profundidades.

La puerta volvió a cerrarse detrás de ellos. El sonido del mundo exterior desapareció de golpe.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Descendieron.

Las escaleras eran anchas y regulares al principio, pero a medida que bajaban cambiaban de carácter: se volvían irregulares, más antiguas, talladas en la roca viva por herramientas que nadie había visto en siglos. El aire olía a agua que había permanecido en el mismo lugar desde tiempos anteriores a cualquier ciudad.

Gilgamesh caminaba con la tensión concentrada de quien ha llegado al borde de algo que ha buscado durante toda su vida.

Shara escuchaba. No con los oídos. Con algo que no sabía nombrar: una sensibilidad que se había vuelto más aguda desde el episodio junto al canal. La voz que había oído siempre como algo lejano se volvía ahora más clara a medida que descendían, como si estuvieran acercándose a la fuente de algo que siempre había existido debajo del mundo ordinario.

Enmer caminaba y pensaba en su padre.

Entonces llegaron al final del túnel.

Nammu levantó la lámpara.

Y el mundo cambió.

Frente a ellos se extendía el Abzu.

Un océano subterráneo que no tenía orillas visibles en tres de los cuatro puntos cardinales. Las aguas eran negras, perfectamente inmóviles, sin el más mínimo movimiento en la superficie.

Y sobre esa superficie negra, perfectamente quieta, flotaban estrellas.

Miles. No el reflejo del cielo de arriba —estaban demasiado profundos para eso— sino algo diferente: una constelación propia, el cielo particular de un lugar que existía fuera del mundo ordinario.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Desde las aguas emergían estructuras: columnas de piedra que se alzaban hasta alturas imposibles de medir, escalinatas que ascendían hasta lugares que no podían verse, puentes que conectaban puntos que no se alcanzaban a distinguir. Todo construido con una precisión que no era humana.

Enmer sintió vértigo. No el vértigo de las alturas sino algo más hondo: el vértigo de comprender, de golpe, que el mundo era inmensamente más grande de lo que había creído.

—Aquí nacieron las primeras aguas —dijo Nammu en voz baja —. Y aquí los dioses aprendieron los secretos de la creación.

Gilgamesh avanzó hasta el borde.

—¿Enki vive aquí?

—Enki existe aquí —corrigió Nammu.

Entonces el medallón de Shara comenzó a brillar.

No el brillo tenue de antes. Esta vez era intenso, del azul más profundo que Enmer había visto en ninguna cosa material. Iluminaba el rostro de Shara desde abajo con una luz que hacía que sus facciones parecieran esculpidas en lugar de vivientes.

Las aguas del Abzu respondieron.

Ondas gigantescas comenzaron a expandirse desde el centro invisible del océano, alcanzando la orilla con la suavidad de algo que no pretendía amenazar sino comunicar. Las columnas en la distancia vibraron con un sonido que no era exactamente sonido.

Shara cayó de rodillas.

No por debilidad: era el peso de algo que entraba en ella con una fuerza que sus piernas no podían sostener. Voces. Miles de voces, o algo que se parecía a voces: memorias que no eran las suyas, nombres de

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

personas que nunca había conocido, imágenes de ciudades que no existían en ningún mapa.

Gilgamesh extendió el brazo para sostenerla. Algo invisible detuvo su mano. No físicamente. Era más que eso: una comprensión que llegó a través de los dedos antes de que su mente pudiera articularla.

Este momento no era suyo para interferir.

Las aguas comenzaron a elevarse.

Lentamente, desde el centro del Abzu, algo ascendió. No un cuerpo, exactamente: más bien una condensación de todo lo que había en aquel lugar adoptando una forma que oscilaba entre lo humano y lo que el agua hace cuando algo la organiza desde adentro.

Los ojos se abrieron.

Brillaban como estrellas sumergidas. No como el brillo de las antorchas: como el brillo de algo que produce su propia luz porque ha producido siempre su propia luz.

Entonces la voz atravesó el Abzu.

No sonó. Existió.

—Shara.

La muchacha levantó la cabeza. Y en ese instante comprendió algo que sería imposible de explicar después con precisión: aquella voz la había llamado antes de que ella existiera. Lo que había escuchado siempre como un murmullo detrás del mundo ordinario no era otra cosa que ese llamado viajando hacia adelante en el tiempo, buscándola.

Gilgamesh retrocedió.

Por primera vez en toda su vida de guerrero y conquistador y rey, el miedo que sintió no tenía ninguna de las formas que conocía. Era

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

algo más parecido a la comprensión súbita de cuán pequeño era el lugar que ocupaba en el orden real de las cosas.

No lo aplastó. Lo redujo a su tamaño verdadero.

Nammu inclinó la cabeza.

—Enki.

El señor del Abzu observó a la muchacha arrodillada junto al borde del océano que era su hogar y su sustancia. Y las aguas del mundo, por un momento, guardaron silencio.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

I X

La hija perdida

El silencio del Abzu era de una naturaleza diferente al silencio de la superficie.

En la superficie, el silencio era ausencia. Aquí abajo, era una presencia en sí misma: algo que existía de manera positiva, que tenía peso y textura, que llevaba dentro de sí todo el tiempo que había transcurrido en ese lugar antes de que existieran palabras para nombrarlo.

Shara permanecía de rodillas junto al borde del océano oscuro. El resplandor del medallón iluminaba su rostro desde abajo, creando sombras que iban en la dirección equivocada.

Frente a ella, Enki.

Su forma no era estable. A veces era la forma de un hombre: alto, antiguo, con rasgos que no pertenecían a ninguna ciudad ni a ninguna generación de hombres. A veces era corriente: agua en movimiento que adoptaba la sugerencia de una forma sin comprometerse con ella.

Mirarlo demasiado rato producía la misma sensación que mirar directamente el sol: no daño, sino la comprensión de que uno no está hecho para sostener esa imagen.

Enki descendió sobre las aguas.

—Has regresado —dijo.

Shara intentó hablar.

—¿Quién... soy?

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Las aguas permanecieron quietas durante un instante que pareció extenderse.

El océano oscuro comenzó a iluminarse desde adentro. Imágenes aparecieron sobre las aguas. No estáticas: en movimiento, como si el agua fuera una superficie donde el tiempo proyectaba lo que había guardado. Una mujer con túnicas blancas. Un templo más antiguo que el de Eridu. Sacerdotes corriendo. Fuego. Un niño envuelto en telas.

Shara miraba las imágenes con algo que no era exactamente reconocimiento sino algo anterior al recuerdo. Algo que el cuerpo sabe antes de que la mente lo articule.

—¿Esa soy yo? —preguntó.

Enki asintió lentamente.

—Los hombres comenzaron a temer aquello que no comprendían.

Las imágenes cambiaron. Soldados entrando en el santuario. Estatuas derrumbadas. Sangre oscura sobre la piedra clara.

—Quisieron utilizarte. —La voz de Enki llevaba algo que podría haber sido tristeza si los dioses sintieran tristeza de la misma manera que los hombres—. Otros quisieron destruirte. Entre los dioses hay diferencias tan antiguas como entre los hombres.

Las aguas mostraron a una mujer huyendo de noche. Corría con una niña en brazos, con el tipo de desesperación que no puede sostenerse durante mucho tiempo pero que en el momento no deja opción. El zigurat de Eridu apareciendo entre la lluvia. Y luego oscuridad.

Shara tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Mi madre?

El Abzu guardó luto en silencio.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

—Murió protegiéndote.

La muchacha cerró los ojos. Respiró una vez, profundo, con el control de quien ha aprendido a no dejar que las cosas que duran más se paguen en el momento en que se conocen.

Gilgamesh observaba las imágenes. Y en su cabeza una única idea giraba con la insistencia de algo que no puede ser ignorado: si Shara era la hija de Enki, si Enki estaba aquí frente a él, entonces la conversación que había soñado tener durante años estaba ocurriendo ahora.

Avanzó.

—Si ella es tu hija —dijo—, entonces conoces los secretos de la vida.

Nammu cerró los ojos.

Enki volvió la mirada hacia el rey. Y el rey sintió nuevamente ese miedo sagrado, pero esta vez lo sostuvo. Se mantuvo de pie dentro de él.

—He visto morir a guerreros —dijo Gilgamesh. Su voz había perdido el registro del comandante—. He visto desaparecer ciudades. He cruzado el océano y descendido a las profundidades buscando lo que busco. Y cada noche sueño con mi propia muerte. No como un hombre sueña con una posibilidad lejana. Como un hombre sueña con algo que ya puede oler.

El silencio del Abzu se extendió alrededor de esas palabras.

—No quiero desaparecer —dijo finalmente.

En esa confesión —que no era la voz del conquistador ni la del tirano sino algo que los dos habían estado recubriendo durante décadas — había algo completamente, inesperadamente humano.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Enki lo observó durante un momento que pareció extenderse más allá de sus bordes naturales.

—Y aun así desaparecerás.

El rey apretó los puños.

—¡Soy descendiente de los dioses!

La oscuridad bajo las aguas se movió.

—Precisamente por eso sufres más que los demás hombres.

Gilgamesh quedó inmóvil.

—Los animales no piensan en la eternidad —continuó Enki—. Pero tú sí. Y esa es una carga que ningún cuerpo, por más fuerte que sea, puede sostener sin costo.

Shara observaba. Y vio algo que nadie más en esa sala estaba viendo: tristeza. No solo en Gilgamesh sino también en Enki. La misma tristeza, en versiones diferentes de la misma especie.

—Los hombres creen que los dioses son libres —dijo Enki finalmente—. No lo somos.

Nammu levantó la vista. Incluso él pareció sorprendido.

—Existimos mientras el mundo exista. No podemos marcharnos. No podemos elegir olvidar lo que hemos visto. —Enki observó las estrellas que flotaban bajo él—. Pero ustedes...

Miró a Gilgamesh. Luego a Shara. Luego, brevemente, a Enmer.

—Ustedes pueden cambiar.

El silencio que siguió fue de la clase que se produce cuando algo que debería ser obvio resulta ser, de repente, nuevo.

Gilgamesh respiraba con agitación.

—¿Los dioses envidian a los hombres?

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Enki observó las aguas eternas del Abzu.

—Los dioses observan a los hombres —dijo— y ven algo que nosotros no podemos tener. No la brevedad. Sino la capacidad de ser transformados por la brevedad. De hacer algo con el tiempo precisamente porque el tiempo termina.

Hizo una pausa.

—Nosotros permanecemos.

La voz del dios se volvió algo más antigua.

—Ustedes viven.

Y por primera vez en toda su existencia, Gilgamesh sintió que la inmortalidad tal vez no fuera lo que había imaginado.

Tal vez no fuera un regalo.

Tal vez fuera una prisión.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

PARTE TERCERA

Lo que permanece

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

X

Las tablillas del destino

Las aguas del Abzu permanecían quietas. Quietas de esa manera particular que tienen las cosas que esperan ser entendidas completamente antes de moverse de nuevo.

Enki levantó una mano. El Abzu respondió. Ondas que comenzaban en el centro del océano se expandieron hacia afuera, y desde las profundidades emergieron columnas de piedra cubiertas de signos. No columnas arquitectónicas: estas eran diferentes. Sobre su superficie, los signos no eran decoración sino texto: escritura cuneiforme de una precisión y densidad que no correspondía a ninguna escuela que Enmer conociera.

Tablillas. Miles. Suspendidas sobre el agua a alturas variables. Algunas intactas. Otras quebradas. Muchas más antiguas que cualquier cosa que Enmer había visto en los depósitos del templo de Eridu.

Shara contuvo el aliento.

—¿Qué son? —preguntó Gilgamesh.

—Memoria —dijo la voz de Enki.

Las tablillas comenzaron a girar lentamente alrededor del océano subterráneo, como si describieran la órbita de algo invisible en el centro. Los signos emitían una luminosidad débil pero constante, del tipo de luz que no se apaga porque no depende de ninguna fuente que pueda agotarse.

—Los hombres creen que escribieron las primeras palabras para comerciar —continuó Enki—. Para contar grano y ganado. Y eso también es verdad. Pero antes de todo eso, los hombres intentaron algo diferente.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Las tablillas giraban.

—Intentaron conservar recuerdos.

Shara observó una de las tablillas más cercanas. Los signos sobre su superficie se movían. Cambiaban. Se reorganizaban. Y entonces comenzaron las visiones.

Ciudades anteriores a todas las ciudades conocidas: torres blancas junto a costas de mares que ya no existían en ningún mapa. Puertos llenos de embarcaciones de formas que ningún carpintero de Eridu habría podido diseñar. Jardines que crecían sobre el agua.

Civilizaciones que habían existido y desaparecido antes de que los antepasados de los hombres que vivían ahora hubieran aprendido a construir la primera muralla.

Gilgamesh sentía vértigo.

—¿Qué lugares son esos?

—Ciudades olvidadas.

—No existen registros de ellas.

Enki lo observó.

—Precisamente.

Las imágenes continuaron. Las ciudades llenas de vida se convertían en ciudades bajo el agua. Los jardines eran cubiertos por la arena. Los puertos quedaban enterrados por siglos de sedimento. Y finalmente lo que quedaba siempre: silencio. Agua.

—¿Todo desapareció? —preguntó Shara.

—Todo desaparece —dijo Enki.

Gilgamesh apretó los puños.

—Entonces nada tiene sentido.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Nammu levantó la vista. Pero fue Shara quien respondió primero.

—Sí lo tiene.

Todos la miraron.

La muchacha contemplaba las tablillas que seguían girando. Hablaba como alguien que está diciendo algo que siempre supo pero que solo ahora puede articular.

—Existieron —dijo—. Esas ciudades, esas personas. Existieron. Y si alguien las recordó, aunque sea una vez, aunque sea en una historia contada junto al fuego, entonces siguen vivas de alguna forma. No de la misma forma. Pero vivas.

Gilgamesh negó.

—Recuerdos. Eso es todo lo que queda. Recuerdos que duran mientras dure quien los tiene, y luego nada.

—¿Y qué esperabas? —preguntó Nammu con suavidad—. ¿Piedras eternas?

El anciano sacerdote bajó lentamente unos escalones hacia el borde del agua.

—Los hombres construyen ciudades sabiendo que caerán —dijo—. Tienen hijos sabiendo que morirán. Plantan árboles cuya sombra no verán. —Miró directamente a Gilgamesh—. Y aun así aman y crean y sueñan. ¿Sabes por qué?

Gilgamesh guardó silencio.

—Porque son ignorantes —dijo finalmente.

—No. —Nammu negó despacio—. Porque están vivos. Y la vida no necesita garantía de permanencia para tener sentido. Solo necesita que quien la vive la tome en serio.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Enki permanecía en silencio. Pero el Abzu entero parecía escuchar.

Gilgamesh miró las tablillas que giraban sobre el agua. Miles de nombres olvidados. Miles de ciudades convertidas en polvo. Y comprendió algo que era insoportable no porque fuera falso sino porque era completamente verdadero.

Incluso los grandes reyes terminaban convertidos en memoria.

Nada más.

—Entonces la muerte siempre vence —dijo, y en su voz había algo que Enmer no le había oído antes: la fatiga del hombre que ha peleado demasiado tiempo contra una certeza que conocía desde el principio.

Enki levantó la vista. Su presencia en el Abzu cambió: no más grande, sino más completa.

—No.

El silencio que siguió a esa única palabra fue el silencio de algo esperado que finalmente llega.

—El olvido vence.

La distinción atravesó a Enmer como una revelación: el olvido no era la muerte. No la desaparición del cuerpo. El olvido era el momento en que nadie recuerda que algo existió. Y ese momento podía retrasarse.

A través de las tablillas.

Enki habló una vez más.

—Mientras una historia sea recordada... una parte de quienes la vivieron continúa existiendo.

Gilgamesh cerró lentamente los ojos.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

X I

El nombre de los hombres

El Abzu comenzó a oscurecerse lentamente. Las tablillas regresaron una a una hacia las profundidades hasta desaparecer bajo la superficie negra.

Gilgamesh permanecía inmóvil junto al borde. Dentro de él, algo había comenzado a quebrarse. No de manera dramática: no el derrumbe súbito de una muralla sino algo más parecido a lo que le pasa al hielo cuando el agua empieza a calentarse desde adentro.

Durante años había imaginado la inmortalidad como una victoria. El logro definitivo que haría que todo lo demás tuviera sentido. Todo tenía que ver con no desaparecer. Con dejar una marca tan grande que el tiempo no pudiera borrarla.

Ahora empezaba a sospechar que había confundido el tamaño de la marca con su profundidad.

Enki observó al rey durante un momento.

—Todavía no comprendes del todo.

Gilgamesh levantó la vista.

—Entonces explícame.

—Los hombres creen que temen a la muerte —dijo finalmente —. Pero lo que realmente temen es otra cosa.

Las aguas del Abzu comenzaron a moverse suavemente alrededor de Enki, describiendo círculos lentos.

—Lo que realmente temen es que sus vidas no hayan significado nada.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Nammu cerró los ojos. Aquella frase tenía la densidad de algo que había pensado muchas veces y nunca había escuchado decir con esa precisión.

Shara avanzó lentamente hacia el borde del Abzu.

—Entonces... ¿qué queda de nosotros?

Enki la observó. Y su voz se volvió inesperadamente suave.

—Aquello que transformamos.

El silencio que siguió no era vacío sino lleno de la elaboración de esas cuatro palabras.

Nammu sonrió apenas. Era la sonrisa de alguien que ha esperado escuchar algo durante mucho tiempo y que finalmente lo escucha.

Gilgamesh, en cambio, seguía peleando.

—Las ciudades caen.

—Sí —dijo Enki.

—Los nombres se olvidan.

—Sí.

—Entonces todo termina.

—No.

Las aguas del Abzu comenzaron a mostrar imágenes nuevas. No de ciudades ni de reyes. Imágenes pequeñas. Una mujer enseñando a leer a un niño junto a una lámpara de aceite. Un anciano transmitiendo una historia a jóvenes junto al fuego. Un artesano terminando una vasija y sosteniéndola contra la luz para ver si la forma era lo que había imaginado. Un hombre sacando a otro del agua durante una inundación, sin conocerlo, sin esperar nada.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Imágenes pequeñas. Completamente humanas.

—Los hombres creen que solo importan los reyes. Las grandes victorias. Los grandes monumentos. Pero el mundo no se sostiene sobre esas cosas. El mundo se sostiene sobre personas que jamás serán recordadas por nombre.

Shara tenía los ojos llenos de lágrimas sin haber decidido tenerlos.

Gilgamesh observaba las imágenes en silencio. Y algo comenzaba a ocurrirle que no sabía cómo nombrar: por primera vez en años estaba viendo sin la deformación que produce el poder. Estaba viendo a las personas que había pasado su vida gobernando —que había pasado su vida utilizando, en cierta medida— como eran en realidad: no recursos ni instrumentos sino personas con sus propias urgencias, sus propios amores, sus propios miedos que no eran tan diferentes de los suyos.

Los hombres que habían muerto luchando por él. Los obreros que habían levantado sus murallas bajo el sol de verano.

El rey respiró profundamente.

Y por primera vez en toda su existencia su voz perdió la resonancia del poder.

—¿Por qué nos crearon?

Nammu levantó lentamente la vista hacia Enki.

—Al principio —dijo Enki finalmente— creíamos que los hombres serían servidores. Criaturas breves y obedientes que harían el trabajo que los dioses consideraban por debajo de su dignidad.

Las imágenes en el agua mostraron los primeros humanos: pequeños, vulnerables, trabajando con herramientas de piedra.

—Pero ocurrió algo inesperado.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Shara sintió que el corazón se le aceleraba.

—Aprendieron a imaginar.

El silencio que siguió fue de la clase que se produce cuando algo cambia de categoría. Cuando lo que parecía un detalle resulta ser el punto central.

—Y cuando una criatura imagina... deja de pertenecer completamente a quienes la crearon.

Nammu sonrió: la sonrisa lenta de alguien que finalmente escucha confirmada la intuición que ha tenido durante décadas.

—Los hombres comenzaron a crear canciones que nosotros no les habíamos enseñado —continuó Enki—. Historias. Sueños. Esperanzas. Maneras de ver el mundo que no derivaban de ninguna instrucción. Y comenzaron a hacer algo que los dioses ya no podemos hacer.

Shara susurró la respuesta antes de que la pregunta terminara de formularse.

—Cambiar.

Enki la observó.

—Sí.

El Abzu entero pareció respirar alrededor de aquella palabra.

Cambiar. Esa era la frontera real. Los dioses eran eternos. Los hombres estaban vivos. Y la distancia entre ambas condiciones no era la diferencia entre más tiempo y menos tiempo. Era la diferencia entre estar fijo y estar en movimiento.

Gilgamesh bajó lentamente la mirada.

Comprendía algo aterrador. Toda su vida había luchado por convertirse en algo parecido a un dios. Por la permanencia. Y nunca

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

había comprendido que quizá eso significaba perder exactamente lo que hacía que su vida valiera algo: la capacidad de ser diferente mañana de lo que era hoy.

La capacidad de ser transformado por lo que vivía.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

X I I

El sueño

Cuando abandonaron el Abzu, el mundo parecía diferente.

No el mundo en sí: Eridu seguía siendo Eridu. Pero la manera en que todo eso llegaba a los sentidos había cambiado de alguna manera que ninguno de los cuatro podría haber descrito con precisión.

Gilgamesh se encerró en la cámara superior del palacio. Y allí se quedó durante horas.

Si Enki decía la verdad, entonces toda su vida había perseguido algo que era, en el mejor de los casos, una versión equivocada de lo que buscaba realmente.

No la inmortalidad del cuerpo. Sino la otra inmortalidad. La que dependía no de nunca morir sino de que lo que uno hacía mientras vivía continuara haciendo algo después.

Finalmente el agotamiento lo venció. Cayó dormido sobre el suelo de la habitación.

Y soñó.

* * *

Caminaba solo por una ciudad vacía.

Era Uruk. O lo que quedaba de Uruk después de algo que no había visto pero cuyos efectos estaban en todas partes: las calles cubiertas de polvo de siglos, las estatuas quebradas, los muros derrumbados hacia adentro como flores marchitas.

Gilgamesh caminó.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Subió las escalinatas del gran templo central. En la plataforma superior encontró lo que estaba buscando sin haberlo buscado: una tablilla. Pequeña. Cubierta de polvo pero intacta.

Los signos eran legibles.

"Aquí gobernó Gilgamesh, rey de Uruk."

Nada más.

El horror que lo invadió no era el horror de la muerte. Era peor: era el horror del reduccionismo. Toda una vida reducida a una frase de identificación. Como si hubiera sido un puesto en lugar de una persona.

—¡No! —dijo en voz alta—. ¡Eso no puede ser todo!

Su voz resonó entre las ruinas y no obtuvo respuesta.

Entonces escuchó voces. Miles. Lejanas.

Descendió desesperadamente las escalinatas. Y vio sombras moviéndose entre la niebla. Hombres. Mujeres. Niños. Personas comunes, sin coronas ni ornamentos. Se movían entre las ruinas de Uruk como si todavía les perteneciera.

Y comprendió algo que lo golpeó con la brutalidad de una verdad que había estado evitando.

Ellos seguían vivos en la memoria del mundo porque habían amado, sufrido, construido, transmitido.

Mientras que él había pasado su existencia intentando no morir.

Lo cual era completamente diferente a vivir.

El rey cayó de rodillas en el polvo de su ciudad muerta.

Entonces apareció Enkidu.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Su viejo amigo lo observaba desde unos pasos de distancia, con el mismo cuerpo que había tenido en vida y con la misma expresión que Gilgamesh había amado y a veces detestado porque era la expresión de alguien que dice la verdad aunque no sea la que quieres escuchar.

—Te vi morir.

—Y aun así sigo aquí —dijo Enkidu.

Gilgamesh temblaba.

—No quiero desaparecer.

Enkidu se acercó.

—Ya estás desapareciendo.

—¿Qué quieres decir?

Enkidu miró las ruinas de Uruk alrededor de ambos.

—Olvidaste vivir mientras perseguías la eternidad.

El viento cubrió nuevamente la ciudad muerta con su polvo. Enkidu dijo una última frase antes de que la oscuridad lo alcanzara:

—La vida no se mide por cuánto permanece un hombre. Sino por cuánto ilumina mientras existe.

* * *

Gilgamesh despertó gritando en el suelo mojado de la habitación, con el corazón latiendo tan fuerte que tardó un momento en recordar quién era.

Se incorporó lentamente. Se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, como un niño. Respiró.

Luego miró hacia la ventana.

Eridu despertaba.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Pescadores. Mercaderes. Niños corriendo por las calles. Personas que comenzaban otro día con la eficiencia tranquila de quienes no piensan en la eternidad porque tienen demasiadas cosas reales que hacer.

Por primera vez en toda su vida, Gilgamesh sintió envidia de ellos.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

XIII

El regreso

La partida ocurrió al amanecer siguiente, con el tipo de quietud que tienen las cosas que han perdido la necesidad de anunciarse.

El puerto de Eridu estaba cubierto por niebla cuando las embarcaciones de Uruk comenzaron a separarse de los muelles. No había músicos ni estandartes ceremoniales. La visita de Gilgamesh terminaba radicalmente diferente a como había comenzado: sin ruido.

Enmer observaba desde el borde del canal, junto a Nammu y Shara.

Gilgamesh estaba de pie sobre la cubierta principal. Durante un instante sus ojos encontraron los de Shara.

No hablaron. Ya no hacía falta.

Luego el rey miró a Enmer.

—Escribe bien.

—¿Mi señor?

—Un pueblo sin memoria ya está muerto.

La embarcación comenzó a alejarse. La corriente del Éufrates la tomó con suavidad. Eridu desapareció detrás de la niebla primero como una silueta y luego como una idea.

El viaje hacia Uruk duró varios días. Gilgamesh los pasó en cubierta, observando las orillas del río. Era algo que no había hecho antes: mirar. No para evaluar el terreno militarmente. Solo mirar.

Una tarde la caravana se detuvo cerca de una aldea golpeada por inundaciones. Los campesinos intentaban rescatar lo que podían:

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

herramientas, animales, las tinajas de grano que representaban la diferencia entre el año siguiente y el hambre.

Gilgamesh descendió de la embarcación sin decir nada.

Vio a un niño intentando mover un travesaño de madera que era demasiado pesado para él. El niño miraba el travesaño con la expresión de alguien que sabe que no puede pero que sigue intentándolo porque no tiene alternativa.

Gilgamesh se acercó. Se inclinó. Tomó el travesaño por el otro extremo.

El niño lo miró sin comprender.

El rey no dijo nada. Levantó.

Trabajó junto a los campesinos hasta la caída del sol. Sus manos terminaron cubiertas de tierra y barro. La capa de rey quedó inservible colgada de un árbol cercano.

Al final del día, sentado sobre una piedra junto al río, sintió algo que tardó en identificar porque hacía demasiado tiempo que no lo sentía.

Cansancio real. El cansancio simple de haber ayudado a otros hombres.

Y una paz que no había experimentado en años.

Cuando finalmente divisaron las murallas de Uruk, el sol se hundía detrás de ellas, convirtiendo la piedra en oro. Ahora las miraba de otra manera. Miles de hombres habían dejado allí sus vidas, sin nombre en ningún registro.

La ciudad entera se preparaba para recibirlo. Pero Gilgamesh atravesó las puertas caminando lentamente, y por primera vez desde hacía muchos años, vio la ciudad.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Realmente la vio.

Un anciano durmiendo contra una pared en el callejón junto al templo. Trabajadores que regresaban con el agotamiento de quien ha hecho lo que tenía que hacer. Niños que corrían descalzos porque sus familias no tenían para sandalias.

La multitud coreaba su nombre.

Por primera vez, ese sonido no le llenaba el pecho de orgullo. Le producía algo diferente: una especie de vergüenza suave, no destructiva sino reveladora.

Esa noche subió solo a las murallas de Uruk. Desde allí podía verse toda la ciudad: los templos y los mercados y los canales y las miles de luces pequeñas que brillaban en las casas de personas cuya vida era completamente ajena a la suya.

Apoyó lentamente la mano sobre las piedras de la muralla.

Durante años había creído que aquellas murallas lo harían eterno. Ahora comprendía que las había construido para protegerse del miedo. No para proteger a su pueblo.

La ilusión del tamaño como respuesta al miedo real.

Y por primera vez en toda su existencia, el rey de Uruk lloró.

No como un dios llora en los himnos. Como llora un hombre en la oscuridad, sin testigos, con el tipo de lágrimas que no piden permiso.

Al amanecer siguiente convocó a los administradores de la ciudad.

—Las reservas de grano serán distribuidas entre los distritos más pobres antes del próximo invierno. Los trabajadores de los canales recibirán descanso cada ciclo lunar, con paga completa. Y ningún

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

hombre será obligado a abandonar a su familia para construir monumentos destinados únicamente a glorificar mi nombre.

El silencio que siguió fue de la clase que se produce cuando un sistema que se creía estable se entera de que va a tener que cambiar.

Nadie comprendía qué había ocurrido en Eridu.

Pero todos comprendieron algo: el rey había regresado diferente.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

X I V

El escriba

Eridu volvió a su ritmo habitual.

Las embarcaciones llegaban y partían. Los mercados rebosaban y se vaciaban. Los sacerdotes elevaban sus plegarias con la regularidad de las mareas. Y sin embargo algo había cambiado: algo en el aire de la ciudad, en la manera en que ciertas personas se miraban cuando se cruzaban.

Enmer lo sentía cada vez que tomaba el estilete.

Había pasado años aprendiendo a registrar: tributos, mercancías, transacciones. Era necesario y lo había aprendido bien. Pero ahora, cada vez que se sentaba frente a la arcilla húmeda, algo en él resistía la limitación de ese vocabulario.

La escritura podía hacer más que eso.

La escritura podía contener personas.

Una tarde permanecía trabajando solo en una de las cámaras inferiores del templo cuando Nammu bajó las escaleras.

—Trabajas demasiado.

—Estoy intentando recordar todo antes de olvidarlo.

Nammu tomó una de las tablillas y leyó en voz baja.

"Una mujer compartió su pan con un desconocido durante la última inundación. El hombre tenía hambre y ella tenía poco, pero compartió de todas maneras."

El sacerdote dejó la tablilla sobre la mesa con mucho cuidado.

—Nadie escribe esas cosas.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

—No. —Enmer levantó la vista—. Pero deberían permanecer.

Nammu lo observó durante un momento. El muchacho había cambiado. Había algo en él que antes no estaba: una gravedad tranquila, como la que tienen las personas que han visto algo importante y han decidido hacer algo con ello.

—Entonces escribe.

—¿Y si nadie las lee?

El anciano observó las sombras que las llamas proyectaban sobre las paredes.

—Toda luz parece pequeña mientras existe —dijo—. Eso no significa que no haya iluminado.

Shara apareció poco después. Caminaba entre las columnas del templo con la túnica sencilla que llevaba siempre desde aquella noche. Contempló las tablillas sobre la mesa.

—¿Qué escribes?

—Personas.

Tomó una de las tablillas y leyó en silencio. Un pescador que había enseñado a navegar a su hijo adoptivo. Una anciana que había cuidado a los niños del barrio durante una epidemia. Un hombre que había cruzado el río durante la inundación para rescatar los animales de un vecino con quien no se hablaba desde hacía años.

Shara levantó la vista.

—Eso permanecerá más que muchos templos.

Apoyó la mano sobre una tablilla todavía húmeda con una suavidad que era también una forma de respeto.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

—Los dioses observan el mundo desde arriba —dijo—. Pero nosotros vivimos dentro de él. Y hay cosas que solo se ven desde adentro.

Shara caminó hacia la abertura en la pared desde donde podían verse los canales de Eridu reflejando el atardecer. Se quedó allí un momento.

—Cuando era niña soñaba con descubrir quién era realmente —dijo finalmente.

Enmer se acercó.

—Y ahora lo sabes.

—Sí.

Una pausa.

—Y descubrí algo que no esperaba.

—No quiero ser un puente hacia los dioses. —Sus palabras quedaron suspendidas entre las columnas—. Quiero permanecer aquí. En esto. En el mundo que tiene tiempo y límites y personas que comparten el pan aunque tengan poco.

Enmer sintió el corazón acelerarse de una manera que tampoco sabía nombrar del todo.

Shara continuó mirando el agua.

—Los dioses existen fuera del tiempo. Pero los hombres aman precisamente porque el tiempo es breve. Y eso —una pequeña pausa— eso es algo que ninguna inmortalidad podría comprar.

Las luces del atardecer cubrían Eridu con tonos dorados. Por un instante el mundo parecía inmensamente frágil, hecho de algo que podía romperse con facilidad. Y precisamente por eso era hermoso de una manera que nada eterno podría serlo.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Esa noche Enmer subió solo hasta las terrazas superiores del zigurat, llevando varias tablillas todavía húmedas y la lámpara de aceite. El viento de la noche estaba frío y limpio. Desde allí podía verse la ciudad entera: los canales que brillaban con el reflejo de la luna, las luces de las casas donde alguien estaba despierto por amor o por dolor.

Eridu respiraba.

Enmer tomó el estilete.

Y comenzó a escribir.

No registros de tributos ni de mercancías. No los nombres de los reyes. Escribió algo que no había visto escrito antes, que probablemente nadie había considerado digno de la arcilla.

Escribió a las personas.

"La memoria de los hombres no pertenece solo a los poderosos. También pertenece a quienes amaron, ayudaron y soñaron en silencio. A quienes compartieron el pan cuando tenían poco. A quienes contaron historias junto al fuego para que los que venían después tuvieran algo de dónde comenzar."

El estilete raspaba el barro húmedo bajo las estrellas.

Tik. Tik. Tik.

El sonido más pequeño del mundo. El sonido de alguien intentando hacer que algo durara.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

X V

La última conversación

Pasaron los años.

El Éufrates continuó su trabajo de siempre: erosionar, depositar, cambiar el paisaje de la llanura con la paciencia de algo que no necesita apresurarse. Las estaciones cambiaban. Los niños de Eridu que habían visto llegar las embarcaciones de Uruk se convirtieron en adultos que tenían sus propios hijos.

Enmer siguió escribiendo. Tablilla tras tablilla. Historias pequeñas. Vidas comunes.

Y sin darse cuenta, sin haberlo planificado, algo comenzó a cambiar. Otros escribas empezaron a imitarlo. La memoria dejó de pertenecer únicamente a los templos y a los gobernantes. Por primera vez en Eridu, las personas comunes comenzaban a existir también en la escritura.

En Uruk las cosas también cambiaban. Gilgamesh envejecía. Era todavía fuerte, todavía imponía la presencia que produce una vida entera de exigencia física extrema. Pero el fuego salvaje de sus ojos cuando llegó a Eridu se había transformado en algo diferente. Más profundo. Menos urgente.

Comprensión, tal vez.

Sin embargo, ciertas noches Gilgamesh seguía despertando sobresaltado. El miedo nunca había desaparecido: solo había cambiado de forma. Ya no era el miedo a la muerte física. Era el miedo, más sutil, de no haber comprendido lo suficiente antes de que llegara el final.

Una noche soñó con el Abzu. Solo agua infinita reflejando estrellas. Y una voz, clara y directa:

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

"Ven."

Gilgamesh despertó inmediatamente.

Comprendió.

El viaje hacia Eridu fue silencioso. Al llegar encontró una ciudad que el tiempo había trabajado. Nuevas construcciones donde había casas que él recordaba. Niños que no habían nacido cuando visitó la primera vez.

Enmer fue quien lo recibió en el patio del templo.

Ya no era el muchacho que se había caído frente a la guardia real. Sus manos estaban marcadas por años de trabajo con la arcilla. Pero sus ojos conservaban la misma cualidad que Gilgamesh había notado aquella primera noche.

—Te convertiste en escriba de verdad.

Enmer inclinó la cabeza.

—Y tú en rey.

Ambos sonrieron apenas. La sonrisa de las personas que comparten secretos imposibles de explicar al resto del mundo.

Aquella misma noche descendieron nuevamente al Abzu.

Solo ellos dos.

El Abzu seguía siendo el Abzu. Pero algo era diferente. La presencia parecía más lejana. Como un sueño que se recuerda con claridad pero que se siente al otro lado de algo que separa el sueño del despertar.

Enki apareció desde las aguas. Su forma era menos definida que la primera vez. Como si la diferencia entre el dios y el océano que lo contenía fuera cada vez más difícil de trazar.

—Has cambiado.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

—Tarde —dijo el rey—. Pero sí.

Enki contempló las estrellas reflejadas.

—Eso también es humano.

—Todavía tengo miedo —dijo Gilgamesh.

—Lo sé.

—Pero ya no quiero vivir para siempre.

Las aguas del Abzu vibraron suavemente.

—Entonces finalmente comprendiste.

—Quiero que mi vida haya significado algo.

Enki lo observó durante un momento. Y por primera vez, en esa figura que oscilaba entre el agua y la forma humana, Gilgamesh vio algo que no había visto en su primera visita: no el poder, no la eternidad, sino algo más cercano. Algo que ambos compartían.

La comprensión de que el tiempo pasa y que lo que uno hace con él es lo único que realmente existe.

Enki habló lentamente.

—Los hombres creen que la eternidad pertenece a quienes nunca mueren. Pero la verdadera eternidad pertenece a quienes dejan algo de sí en otros. Que continúa avanzando después de ellos. Como ondas sobre el agua.

Gilgamesh comprendía ahora. Las murallas caerían. Su cuerpo desaparecería. Incluso Uruk algún día sería polvo bajo la arena.

Pero cada acto de compasión continuaría avanzando. Las ondas no preguntan quién las generó para continuar moviéndose.

Entonces Enki dijo algo que Gilgamesh no esperaba.

—Nosotros también desapareceremos algún día.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Enmer, que escuchaba desde la orilla, se quedó absolutamente quieto.

—Mientras los hombres nos recuerden, existiremos. —La voz de Enki se volvió más lejana, más antigua—. Pero cuando el último nombre sea olvidado... los dioses también morirán.

El silencio posterior fue de una especie que ninguno había experimentado antes.

Porque ponía a todos —el dios, el rey, el muchacho— en la misma categoría fundamental. Todos sujetos al olvido. Todos dependientes de que alguien, en algún lugar, recuerde que existieron.

Enki observó a Enmer. Luego las tablillas que giraban bajo las aguas.

—Por eso escriben.

Gilgamesh sintió lágrimas. No de tristeza: de comprensión.

La humanidad no escribía para desafiar a los dioses. Escribía para hacer lo que los dioses no podían hacer solos: salvar fragmentos de existencia del inmenso océano del olvido. Decir: esto ocurrió. Esto importó. Alguien estuvo aquí y vivió y amó y tuvo miedo y siguió de todas maneras.

Y en ese acto pequeño y desesperado y completamente humano había una forma de eternidad que iba más allá de cualquier cosa que la inmortalidad del cuerpo pudiera ofrecer.

Las aguas del Abzu comenzaron a oscurecerse lentamente. Enki empezó a disolverse en el océano, hasta que fue imposible determinar dónde terminaba el dios y dónde comenzaba el agua.

Antes de desaparecer, la voz llegó desde todas partes:

—Vive de manera que tu paso por el mundo deje luz en otros.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

Luego el océano quedó inmóvil. Silencioso. Eterno.

Y Gilgamesh, de pie junto al borde del Abzu con las estrellas flotando a su alrededor, comprendió que acababa de escuchar la verdad más importante de toda su vida.

No porque fuera nueva.

Sino porque finalmente era capaz de recibirla.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

X V I

La última tablilla

Muchísimo tiempo después.

Las aguas del Éufrates cambiaron su curso. Las grandes ciudades de Sumeria comenzaron a desaparecer bajo capas sucesivas de arena, barro, sedimento. Ur. Uruk. Eridu. Nombres que alguna vez habían hecho temblar a reinos enteros quedaron primero al margen de las rutas comerciales, luego abandonados, luego olvidados.

Nuevos pueblos caminaron sobre esas tierras. Levantaron sus propias ciudades. Sus propios reyes con sus propios nombres que también creerían que durarían para siempre.

Y aun así.

El sol caía sobre una llanura cubierta de arena cuando un anciano avanzó lentamente entre restos de piedra erosionada. Era un excavador de ruinas: había dedicado su vida a escuchar las voces que el tiempo entierra, a sacar a la luz lo que la tierra guarda. Sus rodillas ya no le daban bien para arrodillarse, sus ojos necesitaban más luz que antes. Pero su paciencia era de la clase que se vuelve más sólida a medida que envejece, como el barro cuando se seca al sol.

Aquella tarde encontró una abertura en el suelo.

Una cámara. Parcialmente derrumbada. El anciano entró de todas maneras, con su lámpara por delante, con el cuidado de quien sabe que las prisas cuestan lo que no se puede recuperar.

El aire olía a polvo antiguo. A tiempo detenido. Al olor particular de los lugares que llevan mucho tiempo sin que ningún ser humano haya respirado en ellos.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

La luz de la lámpara recorrió las paredes.

Y entonces lo vio.

Una caja de arcilla, pequeña, sellada con barro que alguien había aplicado deliberadamente sobre la tapa antes de que se secara. Estaba entre dos piedras caídas, protegida por el mismo derrumbe que había destruido casi todo lo demás.

El anciano se arrodilló con dificultad. Sus manos temblaban. No de miedo: de la excitación específica que producen ciertos hallazgos.

La caja se abrió con un sonido breve y seco.

Dentro había tablillas. Varias. La mayoría destruidas. Pero una permanecía casi intacta.

El anciano la levantó con ambas manos. Los signos cuneiformes sobre la superficie todavía podían leerse.

Acercó la lámpara.

Y comenzó a traducir, en voz baja, en la oscuridad de aquella cámara que llevaba siglos sin escuchar una voz humana.

"La vida del hombre es breve... por eso cada acto de bondad desafía al olvido. Por eso cada historia contada es una victoria pequeña sobre la noche. Por eso escribimos: no para los que estamos, sino para los que vendrán, que también tendrán miedo y que también seguirán de todas maneras."

El anciano permaneció inmóvil durante un largo momento.

No sabía quién había escrito aquellas palabras. No conocía el nombre. No conocía la ciudad en que habían sido escritas.

Y sin embargo. Aquella voz había logrado cruzar miles de años y encontrarlo en el fondo de una cámara derrumbada, y decirle algo que era exactamente lo que necesitaba escuchar.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

El anciano apoyó lentamente la mano sobre la tablilla.

No como un gesto protocolario. Como un saludo. Como la forma de decirle a alguien, a través del tiempo y de la imposibilidad: te escucho. Llegaste.

Y en ese instante ocurrió algo que no era nada sobrenatural.

El pasado dejó de estar muerto.

Esa noche el anciano permaneció junto al fuego. Las estrellas sobre la llanura eran las mismas que habían estado allí antes de que existiera ninguna ciudad.

Pensó en las generaciones desaparecidas. En todas las personas que habían vivido y amado y construido y sufrido. Y comprendió algo que era al mismo tiempo simple y enorme.

Nadie vence realmente al tiempo.

Ni los reyes. Ni los dioses, si es que los hay. Ni las murallas ni los monumentos.

Pero mientras una historia continúe siendo contada, mientras una palabra sobreviva, mientras un ser humano recuerde a otro ser humano que existió —que amó, que tuvo miedo y siguió de todas maneras— la oscuridad no es completa.

Nunca es completa.

El anciano levantó la vista hacia las estrellas.

Sonrió suavemente.

Porque había comprendido finalmente lo que los que escribieron aquellas tablillas habían intentado preservar: no los hechos grandes, no los nombres de los poderosos. Sino la certeza de que la vida tiene sentido precisamente porque termina. De que la fragilidad no es una falla sino la condición que hace posible el amor.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

La eternidad no era vivir para siempre.

Era dejar una huella de conciencia en otros seres humanos.

Una pequeña luz atravesando la oscuridad.

Y esa luz —pequeña, frágil, completamente humana— era más duradera que cualquier muralla.

Más duradera que cualquier nombre grabado sobre piedra.

Más duradera, tal vez, que los propios dioses.

Muy lejos del mundo de los hombres, en un lugar que no estaba sobre la tierra sino debajo de ella, algo pareció moverse suavemente.

Como una memoria respirando en sueños.

Como el agua cuando recuerda haber sido lluvia.

Y por un instante imposible de medir, las estrellas reflejadas sobre el océano oscuro brillaron un poco más.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

E P Í L O G O

Hay una tablilla.

Pequeña. Parcialmente restaurada con técnicas que quienes la escribieron no habrían podido imaginar. En ella hay signos cuneiformes que datamos, aproximadamente, en algún momento entre el cuarto y el tercer milenio antes de nuestra era.

No sabemos quién la escribió.

No sabemos el nombre de la ciudad donde fue escrita. No sabemos si la persona que la escribió era joven o vieja, si tenía familia, si era recordada como importante por sus contemporáneos o si era una de las miles de personas que mueven el mundo sin que nadie anote sus nombres.

Solo sabemos lo que dice.

Y lo que dice es esto:

Mientras alguien recuerde una historia,
la muerte nunca es completa.

Eso es todo.

Eso es suficiente.

Michel Onirix © Todos los derechos reservados

LA ÚLTIMA TABLILLA

UBICACIÓN EN EL TIEMPO Y EL LUGAR

¿DÓNDE OCURRE ESTA HISTORIA?

La historia se desarrolla en la antigua Mesopotamia, entre las grandes ciudades sumerias de Eridu y Uruk, lo más profundo del Abzu y las tierras que rodean los ríos Éufrates y Tigris.





¿CUÁNDO SUCEDE?

La historia ocurre durante el período sumerio temprano, aproximadamente entre el 3000 y el 2100 a.C.
Una era de reyes semidivinos, primeras escrituras, templos y el nacimiento de las civilizaciones urbanas.

3000 a.C. – 2100 a.C.



PERÍODO SUMERIO TEMPRANO



URUK

La gran ciudad del rey Gilgamesh.
Una metrópolis poderosa, llena de murallas, templos, mercados y ambición. Desde allí parte el rey en busca de la respuesta a la muerte.

ERIDU

La ciudad sagrada y antigua, cuna de los dioses y del conocimiento.
Aquí Enmer, el joven escriba, descubre el poder eterno de la escritura.

EL ABZU



Las aguas profundas y eternas, hogar de Enki y origen de la sabiduría primigenia. Allí Gilgamesh desciende en busca del secreto de la inmortalidad.

CIVILIZACIÓN SUMERIA

- Primeras ciudades-estado.
- Primer sistema de escritura: cuneiforme.
- Religión politeísta: dioses poderosos vinculados a la naturaleza.
- Agricultura, comercio y construcción de templos monumentales.
- Reyes considerados elegidos de los dioses.

LÍNEA DE TIEMPO DE LA HISTORIA

Comienzo en Uruk
Gilgamesh, rey de Uruk, inicia su búsqueda obsecionada por evitar la muerte.

El encuentro en Eridu
Conoce a Enmer y a Shara, y descubre que la escritura puede preservar lo esencial.

El descenso al Abzu
Guiado por Enki, Gilgamesh viaja a las aguas eternas para buscar el secreto de la vida que no termina.

La verdad revelada
Aprende que la inmortalidad no está en vivir para siempre, sino en dejar huella en otros.

El legado de Enmer
El escriba comprende su misión: guardar las historias de los hombres para que nunca sean olvidadas.

La última tablilla
Miles de años después, una tablilla sobrevive y una voz del pasado vuelve a ser escuchada.

PERSONAJES PRINCIPALES



GILGAMESH
Rey de Uruk. Poderoso, valiente y temeroso de la muerte. Su viaje cambia para siempre su corazón.



ENMER
Joven escriba de Eridu. A través de sus tablillas, comprende que la memoria es la forma más profunda de eternidad.



SHARA
Mujer misteriosa de origen desconocido. Su presencia une a los mundos de los dioses y de los hombres.



ENKI
Dios de la sabiduría y las aguas profundas. Guía a Gilgamesh y le revela la perdád que trasciende a dioses y hombres.

TEMAS CENTRALES DE LA HISTORIA

LA MORTALIDAD
El miedo universal que impulsa el viaje de Gilgamesh.

LA ESCRITURA
El poder de las palabras para preservar vidas, memorias e historias.

LA MEMORIA
Lo único que puede sobrevivir al tiempo y al olvido.

LA HUMANIDAD
Los actos de bondad, amor y compasión que nos definen.

EL LEGADO
La verdadere eternidad está en lo que dejamos en otros.



"La memoria de los hombres no pertenece solo a los poderosos. También pertenece a quienes amaron, ayudaron y soñaron en silencio."

– ENMER



LOS SUMERIOS

LA PRIMERA CIVILIZACIÓN DE LA HISTORIA

Mucho antes de Egipto, Grecia o Roma, en las llanuras del sur de Mesopotamia, surgió una civilización extraordinaria que cambió para siempre el rumbo de la humanidad.



¿QUIÉNES FUERON LOS SUMERIOS?



Los sumerios fueron un pueblo que habitó el sur de Mesopotamia (la actual Irak) a partir del aprox. 4500 a.C. Considerados la primera gran civilización de la historia, sentaron las bases de la vida urbana, la escritura, las leyes y la organización social.

- No se conoce con certeza su origen.
- Desarrollaron una cultura única e innovadora.
- Su idioma, el sumerio, no pertenece a ninguna familia lingüística conocida.
- Su legado influyó en babilonios, asirios y muchas otras civilizaciones posteriores.

¿DÓNDE VIVIERON?



Se establecieron en Sumeria, una región fértil entre los ríos Tigris y Éufrates. Allí crearon ciudades-estado independientes que competían y, a veces, se aliaban entre sí.

PERÍODO SUMERIO

- **PERÍODO UBAID (5500 – 4000 a.C.)**
  Primeros asentamientos agrícolas y aldeas en el sur de Mesopotamia.
- **PERÍODO URUK (4000 – 3100 a.C.)**
  Surgen las primeras ciudades, la escritura y los avances tecnológicos.
- **PERÍODO DINÁSTICO TEMPRANO (2900 – 2350 a.C.)**
  Aparecen las primeras dinastías de reyes y se consolidan las ciudades-estado.
- **PERÍODO DE LOS REINOS (2350 – 2000 a.C.)**
  Grandes reyes como Lugalzaggesi de Uruk y la construcción de monumentos majestuosos.
- **PERÍODO NEOSUMERIO (2000 – 1750 a.C.)**
  Resurgimiento cultural bajo reyes como Ur-Nammu de Ur.
- **FIN DEL DOMINIO SUMERIO (tras 1750 a.C.)**
  Sumeria es conquistada por pueblos semíticos (amitas, babilonios, asirios), pero su cultura y lengua perduran durante milenios.

SUS GRANDES APORTES AL MUNDO

LA ESCRITURA CUNEIFORME



Inventaron el primer sistema de escritura conocido (alrededor del 3200 a.C.). Usaban signos en forma de cuña sobre tablillas de arcilla para registrar cuentas, leyes, historias, oraciones y más.

LAS CIUDADES



Construyeron grandes ciudades como Uruk, Ur, Eridu y Lagash, con templos (monumentales zigurats), palacios, murallas, mercados y sistemas de irrigación para aprovechar las aguas de los ríos.

LA LEY Y EL GOBIERNO



Desarrollaron sistemas de leyes, como el Código de Ur-Nammu (aprox. 2050 a.C.), uno de los códigos legales más antiguos que se conocen. Cada ciudad tenía su propio rey y su gobierno.

LA RELIGIÓN Y LOS DIOSES



Creían en muchos dioses ligados a la naturaleza y a las fuerzas del universo. Entre los principales: An (cielo), Enlil (aire), Enki (agua y sabiduría) e Inanna (amor y guerra). Construyeron templos para honrarlos.

LA ASTRONOMÍA Y LAS MATEMÁTICAS



Observaron el cielo con gran precisión, crearon su calendario lunar de 12 meses y desarrollaron un sistema numérico posicional en base 60, que aún usamos hoy para medir el tiempo y los ángulos.

LA VIDA COTIDIANA

AGRICULTURA
Cultivaban trigo, cebada, dátiles y criaban animales. El riego artificial permitió grandes cosechas y el crecimiento de las ciudades.

SOCIEDAD
La sociedad estaba organizada en clases: reyes, sacerdotes, escribas, artesanos, comerciantes, soldados y campesinos.

ARTESANÍA Y COMERCIO
Eran expertos alfareros, tejedores, orfebres y constructores. Comercializaban madera, piedras preciosas, metales y alimentos con otras regiones lejanas.

TRANSPORTE Y COMERCIO
Usaban barcos en los ríos para transportar mercancías y caravanas de burros para viajes terrestres.

LÍNEA DE TIEMPO DE LA HISTORIA SUMERIA

5500 a.C.	Primeros asentamientos agrícolas en el sur de Mesopotamia (Período Ubaid).
4000 a.C.	Surgen las primeras ciudades (Eridu, Uruk). Comienza el Período Uruk.
3200 a.C.	Invención de la escritura cuneiforme.
2900 a.C.	Comienza el Período Dinástico Temprano. Aparecen los primeros reyes.
2350 a.C.	Época de grandes conquistas y construcción de monumentos. Lugalzaggesi reina en Uruk.
2050 a.C.	Código de Ur-Nammu en la ciudad de Ur.
2000 a.C.	Período Neosumerio. Renacimiento cultural.
1750 a.C.	Fin del dominio sumerio tras invasiones de pueblos semíticos. Su cultura continúa.

SU LEGADO PERDURA

Aunque los sumerios desaparecieron como pueblo, su influencia nunca se perdió. Su lengua, su escritura, sus leyes, sus mitos y su conocimiento pasaron a otras civilizaciones y forman la base de gran parte de la cultura occidental.



"Antes de que existiera la historia escrita, los sumerios ya estaban escribiendo el futuro de la humanidad."

ALGUNOS DIOSES SUMERIOS



AN	ENLIL	ENKI (EA)	INANNA (ISHTAR)	NANNA (SIN)
Dios del cielo y padre de los dioses.	Señor del aire, el poder y la tierra.	Dios del agua dulce, la sabiduría y la creación.	Diosa del amor, la fertilidad y la guerra.	Dios de la luna y el tiempo.

TABLILLA CUNEIFORME REAL



Esta es una tablilla cuneiforme real de más de 4.000 años de antigüedad, escrita en sumerio. Miles de tablillas como esta nos han permitido conocer su historia, sus leyes, sus cuentos y sus cantos. Sin ellas, su voz se habría perdido para siempre.

"LOS SUMERIOS NO SOLO CONSTRUYERON CIUDADES, ESCRIBIERON EL COMIENZO DE NUESTRA HISTORIA."

ANTES DE QUE LA HISTORIA
FUERA ESCRITA,
HUBO ALGUIEN QUE DECIDIÓ
QUE NADA SE PERDERÍA.

Enmer, un joven escriba de Eridu, vive entre tablillas de arcilla y los sueños que le susurra su maestro. Su destino cambia para siempre cuando conoce a Shara, una misteriosa mujer marcada por un origen imposible, y al rey Gilgamesh de Uruk, un hombre que desafía a los dioses en busca de la inmortalidad.

Juntos emprenderán un viaje que los llevará más allá de los límites del mundo conocido, hasta el Abzu, las aguas primordiales donde habitan los dioses más antiguos.

Allí descubrirán que el poder, la gloria y la eternidad no son lo que los hombres creen… y que la verdadera inmortalidad no se conquista, se escribe.

UNA NOVELA ÉPICA SOBRE DIOSES Y HOMBRES,
AMOR Y DESTINO, ESCRITURA Y MEMORIA.
PORQUE CUANDO TODO ES OLVIDADO,
SOLO QUEDAN LAS PALABRAS.

«Una obra majestuosa que respira mitología, historia y humanidad. Imposible no dejarse envolver.»

★★★★★

— LECTORES DE LEYENDA

«Michel Onirix construye un mundo tan antiguo como eterno, donde cada tablilla guarda un latido humano.»

★★★★★

— CRÓNICAS DEL PASADO

ISBN 978-631-01-6769-5